

## FRAY GERUNDIO.

¿Qué tengo yo con los ingleses?

Pero aunque no tengo, tengo; y aunque tengo, no tengo; de manera que estoy en el caso del otro que decía; «por un lado tengo y por otro no.» Y lo mismo les sucede á ellos conmigo; de forma que FR. GERUNDIO es á los ingleses lo que los ingleses son á FR. GERUNDIO.  $R+H=H+R$ . Aquí lo mismo da *haches* que *erres*.

*Ellos conmigo* parece que tienen su poco de pique por aquello que en la capillada 330 dije de la línea pues así me lo avisán ciertos amigos de allende; pero yo con ellos tengo también mi pique, por la sospecha y desconfianza con que parecía me miraban en Gibraltar: dificultades y temores para que entrara Fr. GERONDO, temores y dificultades para que Fr. GERONDO viera sus fortificaciones. Si tratan los amigos de Fr. GERONDO de hacerle una demostración con las bandas de música de los batallones ingleses, oficia el magistrado de policía para que de ningún modo se permita salir las músicas de los cuarteles para tal objeto; si se valen los amigos de Fr. GERONDO de aficionados que hagan el festejo, envían los ingleses toda su policía junta y entera á casa de Fr. GERONDO para que observe lo que pasa. Yo decía: «Señor, ¿qué tienen los ingleses con Fr. GERONDO? ¿Si pensaran que Fr. GERONDO ha venido con ánimo de llevarse una noche la dotación de artillería de la plaza en la manga del hábito, y el peñón en la capilla? Pero por otra parte seguía muy tranquilo diciendo: «¿pero qué tengo yo con los ingleses?» En fin cualquier cosa que tubiésemos, *ellos conmigo y yo con ellos*, aquello ya pasó, yo por mi parte eché pelillos á la mar y piques al aire, y si otra me queda, que me la claven en la frente.

Para efectivamente me quedé otra, y aun otras que tengo clavadas

en mi frente espaciosa,  
campo de guerra,

¿Dónde quiso Cupido  
poner bandera.

Mas estas dos que me han quedado no son, ni por pienso, efecto de anteriores piquas, pues aunque una y otra me pican á mi en lo mas vivo, nada tienen que ver con picazonas de atrás. Son pues estas dos cosas las dos malas pasadas que acaban de jugar nos, una en el puerto de Algeciras y otra en el de Cartajena, protejiendo descaradamente en el primero con tres buques de guerra ingleses al barco contrabandista *el Galgo* que iba perseguido por el guarda-costas *Espartero*, de manera que ya poco nos sirve tener un *Espartero* que alcance á un *Galgo* si los ingleses le echan á la oreja sus perros de presa; y sustrayendo desfachadamente en el segundo con dos bergantines de guerra á otro barco contrabandista *el Delfin, ó Flor de Mayo*, perseguido tambien por otro buque guarda-costas, y sujeto ya al imperio y fallo de la ley. En uno y otro caso han hollado abiertamente los ingleses el pabellon español y el decoro nacional. Y si bien es verdad que respecto al escándalo de Cartagena el gobierno español ha procurado poner á cubierto el honor nacional castigando el consentimiento ó la izcuria del gobernador de la plaza con encerrarle en un castillo, y obteniendo un satisfaccion del gobierno inglés por medio de su representante en Madrid, eso no quita que yo Fr. FRANCISCO que no tengo nada con los ingleses porque soy español por todas las coyunturas de mi cuerpo y por todas las costuras de mi santo hábito, diga todavia dos palabritas sobre el particular.

Yo que sentado á la mesa en que yantaba en el comedor de la celda provisional gerundiana de Gibraltar estaba viendo entrar y salir de la bahía los barcos contrabandistas como Pedro por su casa, yo que veía los buques de guerra ingleses que los protegían, yo que comía y veía esto, y yo que esto veía, y esto que veía hacía que lo que comía me amargara, y yo que miraba al plato, y volvía la cabeza y miraba á los buques, y con la tajada en la mano y el ojo en los barcos contrabandistas, y con el bocado en la boca y la vista en las fragatas de guerra patrocinantes, al tiempo que masticaba con los dientes se me estaba masticando el corazón, aunque sea frase nueva esto de masticarse los corazones, y sobre todo nadie es capaz de averiguar los fenómenos que en el corazón gerundiano obra la vista de algunas cosas; yo que todo esto y mas veía y que despues estotro he sabido, no puedo menos, á ley de buen Gerundio español, de publicar un documentillo de que he visto que ningun otro escritor ha hecho uso, acaso porque no le tendrán, para que se vea el porte que con ellos observan los españoles y el porte que con los españoles observan ellos.

Dice así una órden pasada recientemente á la empresa de guarda-costas.—«Dirección general ect.—Resguardo marítimo.—La dirección ha recibido una órden espresa de la Rejeucia provisional del Reino para que los buques del resguardo marítimo se concreten en su servicio al crucero del mar territorial, es decir, dentro del radio de las seis millas de la costa; que lleven corrientes los

capitanes los diarios de navegacion y cuaderno de vitacora donde consten los rumbos y las distancias que hubiesen andado, y que no incomoden á los buques de bandera inglesa que naveguen con los papeles en regla, con otras prevenciones análogas á evitar que las presas sean hechas fuera de dicha distancia de tierra... Todo lo que ponemos en conocimiento de vd. para que comunique las órdenes correspondientes á los buques guarda-costas de ese distrito para que se atempere á estas disposiciones, teniendo presente que el gobierno inglés ha destinado el vapor de guerra Lizard á proteger el comercio de Gibraltar contra los guarda-costas españoles que traslitema las seis millas, y podria suceder un lance desagradable si fuesen atacados por dicho vapor mas alla de dicha distancia, en lo que han de poner el mayor cuidado los capitanes para evitar tales compromisos y los males que pudieran acarrear á la empresa, limitándose por ahora á la mas estricta vijilancia de la costa sin separarse de ella á mayor distancia que la prescrita. Dios &c.\*

Si buscas milagros, mira, «dice la oracion de San Antonio:» si buscas contrastes, mira, dice Fr. Gerónimo, de parte del gobierno español esa estrechada delicadeza, esas estrictas prevenciones, esos rigurosos límites, ese profundo respeto, esas ilimitadas consideraciones, esos repetidos encargos, para que no se nos incomoden, á fin de que no se nos atufen, no sea que se nos resientan, que por Cristo no se nos enfaden, que por Dios no se nos piquen los hermanos ingleses; vaya, no falta-

ba mas; digo y repito, eucargo, prevengo, recomiendo, prescribo, mando y ordeno que cuidado con traslimitarse de las seis millas; y por parte de sus empleados esa resuelta marcialidad, esa marcial resolucion, esa familiar franqueza, esa franca familiaridad, esa desembarazada confianza; ese confidencial desembarazo, con que sin reparar en radios, millas, estadios ni pasos geométricos fomentan, protejen y ausilian con sus buques de guerra su comercio, esto es, nuestro contrabando, en nuestros mares, en nuestros puertos, á nuestras barbas y aun á nuestras narices.

Espera pues mi paternidad muy reverenda que el gobierno español siga mirando en todos los casos sucesivos, si ocurriesen, por el decoro nacional como ha empezado á hacerlo en el de Cartagena, y que haga que los ingleses sean á los españoles lo que los españoles somos á los ingleses, que *ellos á nosotros* sean lo que *nosotros á ellos*, y que  $E+H$  sea  $H+R$  y santas pascuas, porque de nacion á nacion *cero*, y no resta nada.

Esto no quita que Fa. Gaussio reconozca que á los ingleses les somos por otra parte deudores de muy buenos servicios y de muy buen querer y aun en particular les ha debido ultimamente mi reverencia á algunas muchas atenciones y una muy apreciable amistad; pero como la *independencia nacional* es mi número *uno*, y el número *uno* es el que en todas las aritméticas va al primero, no he podido remediar el poner este articulillo; por lo demas en respetandome el número *uno*, en cuanto al *dos* y al *tres* y á los demas que siguen, ellos

saben que pueden contarme por su ánc y atento amigo y servidor Q. S. M. B.

---

## «¿HAY LICENCIA?»

---

¡Jesus, Tirabeque! ¡Y qué modo tan anticuado y tan rancio de solicitar entrada! «¿Hay licencia?» Fórmula es esa de los tiempos del mal gusto, y que trasciende todavía á monástica y frailuna. En la sociedad moderna no verás que esté admitido entre gentes de mediana educacion semejante preámbulo de entrada.—Señor, ni esto significa pedir licencia para entrar, sino para salir, que es lo que está en boga por tierra de Madrid segun lo que yo voy observando.—Y segun lo que voy observando yo, lego inconsiderado y atrevido, te empiezas á abusar de mi condescendencia: ¿con que apenas has llegado y ya pretendes salir por ahí á correrla, hé? ¡Ay, PELEGRIN, PELEGRIN, y qué avezado se conoce que vienes á la holganza y la soltura!—¡Válgame Dios, mi amo, y que poco nos entendemos ya! Yo no pido licencia para entrar, ni para salir.—¿Pues para quién la pides, hombre?—Para nadie, señor; ellos son los que la piden.

Confuso estás en demasia, PELEGRIN, é impertinenteamente misterioso; lo cual me indica que volvemos ya á las andadas, y eso no me gusta.—A las andadas volvemos, sí señor, y á mí tampoco me gusta.

ta. ¿No es la Gaceta lo que está vd. leyendo?—  
 Bien, ¿y qué?—¿Y hay licencia, mi amo? Quiero de-  
 cir si hay licenciamiento.—De soldados querrás de-  
 cir; ¡siempre pensando en tus soldados! No hay li-  
 cenciamiento, no; que si bien es verdad que debe  
 haber muchos cumplidos y muchos tambien á quienes  
 se ofreció licenciar á los seis meses de concluida la  
 guerra, sin duda las circunstancias aconsejan á los  
 que no tienen que tirar por el fusil ni hacer guar-  
 dias, que continúen haciendo guardias y tirando por  
 el fusil los que tienen que tirar por el fusil y hacer  
 guardias.—No es eso tampoco, señor: pregúnto si  
 hay licencia para algun diputado, porque los pobres  
 parece que se hallan ya fatigados con una legisla-  
 tura tan larga, y con tantas cosas como han teni-  
 do que arreglar, y con tanto bien como han hecho  
 á la nacion; y segun tengo entendido han pedido ya  
 muchos licencia para ir á descansar de

las fatigas que me afligen  
 no las puedo yo explicar;

y de las enfermedades que les acometen,

porque son tales y tantas,  
 que me temo han de espirar;

y á cuidar de la hacienda nacional de sus casas, que  
 la tienen abandonada, y como dice el refran, «ha-  
 cienda tu amo te vea;» y no está en el orden que  
 ellos se estén aqui mirando por la hacienda de la  
 nacion mientras la soya está en poder de mujeres y  
 criados, que aunque las mugeres sean hacendosas y



## REVISTA DE TEATROS.



En lo que menos pensaba, yo Fr. Gerónimo de Campazas y de Carabanchel de Abajo, siempre Fr. Gerónimo, en lo que menos pensaba ocuparme en los primeros días de mi segundo advenimiento á Madrid era en esto de teatros y funciones teatrales. Tal me habia sido pintado el estado de la corte que creí que las arduas é importantísimas cuestiones políticas me exigirían absorber en ellas hasta el tiempo necesario para dormir, para comer, y aun para cortarme las excrescencias de los dedos, vulgo uñas.

Mas habiendo visto que los fogosos y cruentos adalides de la política, decidida la batalla de Regencia, se hallaban descansando sobre las armas, y aun habian formado pabellones y retirádose á sus tiendas como si ya no hubiera mas por qué guerrear, yo me dí á pasar una ligera revista á los teatros, y me fui la noche del viernes al del Principe que encontré con la carita lavada, telon de boca nuevo, y con otras reformas de policia material que de mucho tiempo el decoro nacional estaba reclamando. Por primera noche me tocó ver ahorcar un ministro.... no se asusten vds., señores, que no

ara de esta época, sino de allá del tiempo de Felipe IV, que esto de aborcar ministros solo se ha visto de veras en épocas lejanas, y ahora de menzujillas en los teatros. El pobre D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete-Iglesias, fué á quien se hizo la merced, y eso que no se contó de él que habiese hecho su agosto y su vendimia á costa de los pueblos como mas de tres de los contemporáneos de Fa. GERONIMO, sino que todo fué por unas travesuillas amorosas, y por haber tenido parte en no sé que asesinato, cosas todas que en los presentes tiempos no merecen la pena, cuanto mas llevar á la horca á un ministro, y aún que lo digan los tribunales de Málaga, á ver si por esas pequeneces de suprimir á uno la respiracion se lleva al palo, no digo á un marqués de Siete-Iglesias, sino ni á un pelafustan mata-siete, baron de setenta remiendos.

Aquella misma noche formé resolucion de ver á las seis de la mañana del dia siguiente otro teatro, y otra comedia. Otra comedia á las seis de la mañana, si señores, no hay que echarlo á bromas y comedia formal, y en teatro material. Porque con motivo de ser aquel dia San Isidro Labrador, patron de Madrid, habia discurrido un ingenio de esta corte construir un teatro improvisado en la pradera llamada de San Isidro, y habíase anunciado por el Diario que á las seis de la mañana se ejecutaría en él la primera representacion de la comedia titulada «*El lucero de Madrid, ó divino Labrador San Isidro.*»

Novedad dramática era esta que exijia impo-

riosamente la inspeccion de Fz. GERUNDIO, ó ne hay novedades en el mundo que la inspeccion gerundiana exijan. Madrugué pues, y allá se plantó mi humanidad tan reverenda como Dios la ha criado. Desde luego se me presentó á la vista un artefacto de arquitectura desconocida y original. Era un alto y descomunal armadijo cuyo corpancho cubrian largas pleitas de estera que desde el suelo á la cúspide en órden de batalla subían: no sé si el espartero que proveyó aquel edificio social lo haria en calidad de empréstito, así como se aguarda á que otro Espartero nos proporcione un empréstito de tantos millones como votos tuvo para Regente ó como fajas rodeaban aquel esparazon de edificio, ó las compraria la empresa á dinero contante como se ha de vender el papel lútil de las secretarías.

La parte destinada á escenario eran tres tabiques hechos de ladrillo colocados de canto unos sobre otros: esta obra estaba apuntalada por todos sus ángulos con largos cuartones ó vigas que estaban diciendo, «tente mientras cobro.» Por entre las uniones ó junturas de los ladrillos se traslucia de una parte á otra la claridad, como se le traslucia al hermano Diógenes la vanidad por entre los agujeros de su viejo y roto manto, y como por entre las palabras del discurso de un diputado se traslucen las intenciones de su repentina conversion. Este era el coliseo.

Yo me diriji al despacho de billetes, y le encontré cerrado. Pregunté á qué altura se hallaba la funcion, y dijéronme que no solamente no es-

taba el teatro concluido á pesar del anuncio, sino que difícilmente se podría concluir en todo el día de San Isidro un teatro que había sido discurrido para el día de San Isidro. En efecto todavía estaban aserrando maderas, aun no estaban hechas las andanas para los bastidores y bambalinas, y se estaba haciendo el agujero para el apuntador. No supe quien era el empresario de aquella obra, pero desde luego inferí que era un español rancio y puro cuando tan tarde había acordado, y aun sospeché si sería D. Antonio Gonzalez el que ha recibido del nuevo Regente el encargo de formar el nuevo ministerio, pues en el mismo estado se encuentra esta obra que el teatro de la pradera de San Isidro. *In principio erat verbum, et verbum erat apud Deum.* Todos los días á las seis de la mañana creo ano encontrarse el gabinete formado, y se halla con el desconsuelo de saber que D. Antonio Gonzalez está todavía aserrando las maderas y buscando clavos para levantar el armadijo ministerial. Don Antonio Gonzalez y el empresario del teatro de San Isidro, si es que no son una misma persona, al menos les dá igualmente el naípe para hacer obras á tiempo. Siquiera de lo primero todo el mal que se sigue es que haya perdido en su especulacion por falta de oportunidad, y que Fa. Gaona y otros curiosos se llevarán chasco con el anuncio, que todo ello importa poco, pero las consecuencias de lo segundo venga Dios y véalas; por todo lo cual

Suplico á D. Antonio Gonzalez se sirva despacharnos pronto; favor que espera de su notoria

bondad el suplicante, cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid etc. Fr. GEAUNTO.

Al estampar esta súplica se le anuncia á mi paternidad que el hermano Gonzalez confesando su impotencia arquitectónica ha renunciado al oficio de arquitecto ministerial, desesperado de no poder levantar la obra por falta de brazos auxiliares. Ahora dicen que no se encuentra maestro que quiera ponerse al frente de ella, y que la obra se deja abandonada á sí misma ó á merced de aficionados y devotos; ¿y quién sabe? Puede que por un vice-versa de los de Fr. GEAUNTO salga mejor así. Y cásteme vd. de un momento á otro sin tener ya á quien dirigir mi súplica. Señor Dios de los ejércitos, si es vuestra divina voluntad, huyan trabajos sobre la patria de Fr. GEAUNTO, que sobre mojado lloverá.

Por lo demas en la funcion ó romería de San Isidro poca diferencia se notaba el año 41 á lo que en años anteriores presentaba y ofrecia, si se exceptúa la asistencia de algunos diputados nuevos, de estos que no tienen por ahora en qué ocuparse. La ortografía de la lengua tampoco ha adelantado gran cosa del año pasado acá. «Ay vino blanco!» decía un tarjeton de uno de aquellos despachos ó puestos provisionales. En efecto, dije yo cuando lo leí, el autor de esta inscripcion ha acertado sin querer. «Ay vino blanco!» ¡y cuantos milagros hará!»

Allí ví dos clérigos cuyas humildes trezas y veterana ropaje eran un vivo testimonio de los productos del 4 por 100; tan secularizados que has-

Ia iban con sombreros chambergos como asisten  
 á las aulas algunos estudiantes de la universidad  
 de Granada, cosa que ni en unos ni en otros me  
 pareció muy bien. Eran dos interpelaciones con al-  
 zacuello sobre el proyecto de dotacion del culto  
 y clero, pero como por ahora ni las cortes tienen  
 de qué ocuparse, ni casi hay gobierno á quien di-  
 rijirse, no pudieron tener lugar las interpelacio-  
 nes. Tambien vi varios hombres con manojos de  
 allocuciones del Papa, es decir, de cobetas incen-  
 diarios que llevan siempre para amenizar la funci-  
 on, pero como ya los conoce la gente, aunque esta-  
 llen nadie se asusta. Finalmente víoseme tambien  
 á la mano ó por mejor decir, á la frente, porque  
 de frente le encontré, el hermano Cortina, que  
 iba con dos obras hechas de propia autoridad y sin  
 auencia ni intervencion de los cuerpos colegisla-  
 dos, pero que no por eso hay derecho á exigirle la  
 responsabilidad, ni necesita de bill de indemniza-  
 cion, pues eran dos niños suyos que llevaba cada  
 uno de una mano. A juzgar de la marcha politi-  
 ca por romerías, hubiera creído que era cosa he-  
 cha el cambio total de ministerio, puesto que la  
 exclusion de Cortina parece que es una de las que  
 ofrecen mas dificultad; pero despues he sabido que  
 no, y esto mismo es un cargo para el empresario  
 Gonzalez, pues lo que resulta es que los actuales  
 ministros, contándose ya moralmente con los difun-  
 tos, en lugar de dedicarse con gusto y asiduidad al des-  
 pacho de los negocios, dicen y con razon: «para lo que  
 he de estar en este convento, vóime á la romeria  
 de San Isidro.» Y así no podemos estar mucha

tiempo; salvo siempre el parecer de las fabricantes de ministerios y del otro que está mas arriba.

Como en semejante dia concurre casi todo Madrid á semejante sitio, es una gloria los amigos con que á cada paso uno se tropieza; y con respecto á mi reverendísima era natural que los tres meses de ausencia hiciesen sentir mas señaladamente esta consecuencia de la festividad. «Bien venido, Fr. Gu-  
nundo: ¿cuánto deseaba ya ver á vd. Mucha me he alegrado de saber los obsequios y simpatías que vd. ha encontrado en los pueblos; mucha satisfacción he tenido en ello; pero amigo, tanto era justo, y todo se lo merece vd.» Y acompañaban estas espresiones con un estrecho abrazo. «¿Quién sabe cuántos saludos de estos recibí? Pero yo que sabía determinadamente de mas de uno de estos abrazantes, y de los del «mucho me he alegrado,» que durante mi ausencia se habian saboreado lindamente y á placer en zaherir y criticar aquello mismo que yo ni buscaba ni pedía, ni podía tampoco evitar, ni me tocaba mas que recibir y agradecer; yo que sabía que algunos de aquellos mismos del «tanto era justo, todo se lo merece vd.» eran de los que decían cuando ausente, impulsados de una ardiente caridad, «¿y quién es Fr. Gu-  
nundo, ni qué méritos tan extraordinarios son los suyos para que de esa manera tan extraordinaria le escaten y festejen los pueblos?» yo que conocía que si mas tiempo ó siempre durára mi ausencia, mas tiempo ó siempre hubieran durado las buenas ausencias tuyas, me reía interiormente, exclamaba para mi capilla, «¿LO QUE ES EL MUNDO?»

y proseguía mi paséo, caminaba risueñamente por el bullicio, y en mis adentros iba filosofando sobre la comedia, «*Todo es farsa en este mundo,*» en que tantos actores veía trabajar y sobresalir.

También he pasado mi revista al teatro de Oriente, pero esta ha sido leyendo las sesiones de cortes que se han tenido sobre el particular, proponiendo la comisión que se supriman todos los arbitrios destinados á la obra, y que el gobierno la termine y perfeccione por subasta, lo cual todo me parece muy bien. La discusión ha quedado pendiente como la obra, quiera Dios que no dure tanto como la obra la discusión.

El de la Cruz está que no le conoce la madre que le parió: ha sufrido una reforma total: está pintoresco y vistoso. En Madrid todo lo que atañe á farsa ha hecho adelantos terribles.

---

Editor responsable, F. de S. Fuente.

MADRID:

IMPRENTA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 11.